

matado el cólera en los vivaques de Crimea, y sobre todo maldecían en secreto al ministro que apartaba á su antigua dinastía de los caminos tradicionales hasta entonces seguidos (1). En cambio, los emigrados establecidos en Turín, los hombres de la pluma y de la palabra, los obreros y los artesanos imbuídos en las ideas progresistas, en una palabra, todos los inspiradores de esa cosa á menudo engañadora que se llama la *opinión*, prepararon á Cavour un recibimiento ruidoso y casi triunfal. Además recibíéronse de todos los ámbitos de la península regalos, mensajes y testimonios de aprecio y de agradecimiento para aquel á quien se llamaba ya el *primero de los italianos*. Estas tristezas y estas alegrías se explicaban perfectamente: mirando sólo al Piamonte, la política de Cavour era temeraria, insensata, y agobiaba al país bajo el peso de cargas intolerables; mas atendiendo á toda la Italia, aquella misma política lanzaba destellos lejanos, pero grandiosos. El provecho de la alianza de Crimea era nulo materialmente; desde el punto de vista moral era inmenso, pues Europa sabía desde aquel instante dos cosas hasta entonces ignoradas: primera, que en la península y por encima de los Estados aislados había una *Italia*, una Italia no sólo cantada por los poetas, admirada por los viajeros y soñada por los conspiradores, sino además proclamada por la diplomacia oficial y fortalecida por un acta de reconocimiento rubricada por la más alta de las asambleas; segunda, que esa Italia creación nueva de la política, tendría para impulsarla ó para contenerla un jefe en lo sucesivo conocido de todos, dispuesto á las intrigas secretas lo mismo que á los propósitos públicos, así á las aventuras de la guerra como á la lenta labor de la paz. A esto se juntaba una probabilidad de porvenir presentida y adivinada; en efecto, cuando Napoleón III recibió á Cavour en las Tullerías en audiencia de despedida, hablóle de su antipatía al Austria y añadió: «En este momento no puedo ponerme en conflicto con ella, pero tranquilízame, pues tengo el presentimiento de que la paz actual no será muy duradera (2).» Cavour llevaba á su patria estas palabras confortadoras como prendas, no del desquite inmediato con que por un instante había soñado, sino de una guerra segura aunque aplazada; y á preparar esta lucha consagró desde entonces por entero su actividad.

IX

El día 6 de mayo de 1856, en el palacio Carinián, Cavour, contestando á una interpelación previamente concertada, daba cuenta de su reciente viaje á Francia en los siguientes términos: «Es verdad que las negociaciones de París no han mejorado nuestras relaciones con Austria. Hemos de hacer constar que los representantes de Cerdeña y de Austria, después de haber asistido juntos durante dos meses á las sesiones del congreso y de haber juntos cooperado á la obra más grande de cuantas se han realizado desde 1815, se han separado sin odio personal (porque debo hacer justicia al proceder cortés del jefe del gabinete austriaco), pero íntimamente convencidos de que hoy más que nunca

(1) Véase Minghetti, *Miei ricordi*, tomo III, págs. 114-115.

(2) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo VI, página 11.

les separa la política y de que los dos países persiguen fines inconciliables. Este hecho es grave... Sin embargo, no podemos aconsejar al rey que cambie de actitud... La lucha podrá ser larga, estar acaso preñada de peligros; pero, fiados en la justicia de nuestra causa, esperamos sin desfallecimientos el resultado final.»

Toda la conducta de Cavour se inspiró en estas palabras agresivas. Todavía se comentaba este discurso cuando la publicación de los recientes *memorándums* contra el Austria fué para el gabinete de Viena una nueva ofensa; luego surgieron los incidentes buscados, multiplicados con toda intención, graduados con insustituido arte, incidentes insignificantes en apariencia, pero repetidos hasta el punto de producir irritantes heridas. En vista de los deseos del gobierno piamontés de completar la defensa de sus plazas fuertes, abrióse una suscripción para comprar cien cañones destinados al armamento de Alejandría. ¿A qué obedecía este llamamiento al patriotismo italiano, y cuál podía ser el enemigo sino los soldados austriacos acampados al otro lado del Tessino? Por aquel entonces se supo que los milaneses se disponían erigir á sus costas, en una de las plazas de Turín, un monumento al ejército sardo de Crimea. ¿A qué venía esta manifestación si no era un reconocimiento implícito de la supremacía piamontesa? La prensa sarda agrandaba todas estas contiendas, y para denunciar el despotismo ó las ambiciones tudescas gozaba de una impunidad sólo comparable con su violencia. Ya en este camino, Cavour no olvidaba que el papa era, después del emperador de Austria, el principal obstáculo para la transformación de Italia y que importaba combatirle á él tanto como combatir á los austriacos; de aquí el cuidado extremado con que procuraba que no pudieran anudarse las relaciones rotas con Roma, temiendo como temía algún cambio de Víctor Manuel, muy hostil á las luchas religiosas y sensible, á intervalos, á los reproches de sus antiguos amigos.

Para provocar un rompimiento no basta que el débil sea agresivo; se necesita además que el fuerte haga caso de las insolencias del débil. Pues bien, el Austria era entonces asaz prudente para desdeñar por lo general las provocaciones ó para fingir que las ignoraba; y en esta conducta hábil y paciente veíase animada por una alianza en la que no había esperado, la alianza de Inglaterra. El gobierno británico se había hecho cargo muy pronto de la naciente intimidad entre Francia y el Piamonte, y en seguida temió que de esta intimidad naciera la guerra y que de esta guerra saliera Francia engrandecida; y por una evolución familiar á la política inglesa había modificado bruscamente su lenguaje después del congreso de París, y sin abandonar su malevolencia hacia Roma y Nápoles, habíase propuesto, en vez de combatir al Austria, aconsejarla, resumiéndose todos sus consejos en uno solo: la moderación en el poder y un conjunto de amplias concesiones que satisficieran las aspiraciones más apremiantes y permitiesen luego resistir á las pretensiones excesivas ó insensatas. El propio gabinete de Viena había comprendido la oportunidad de esta conducta. Indudablemente la cólera dominaba en el fondo de los corazones, pero el lenguaje oficial era muy moderado y aun en ocasiones revestía una forma casi cordial. Así cuando el general Dabormida se detuvo en Viena, de paso para San Petersburgo, el señor

de Buol le acogió con obsequiosa cortesía, se lamentó, aunque sin amargura, del proceder de Cavour, y sobre todo mostró grandes deseos de paz y de sosiego (1). El gobierno austriaco no se contentó con hacer estas protestas, sino que suavizó ó dejó caer en desuso sus antiguos rigores de que hacía objeto á sus súbditos italianos: concediéronse numerosos indultos á los detenidos políticos y se dejó vislumbrar la posibilidad de una próxima amnistía; diéronse instrucciones á los directores de policía ordenándoles que adoptaran una actitud más conciliadora; preparóse el restablecimiento de las congregaciones centrales de Lombardia y de Venecia; y por último se habló de un próximo viaje del emperador Francisco José á Venecia y á Milán, viaje que, según opinión general, sería ocasión de nuevas mercedes. El jefe del gabinete austriaco no dejaba de sacar partido, en París y sobre todo en Londres, de esas medidas benévolas y de esas promesas; y lord Clarendon, que de pronto había trocado en tibieza su ardiente celo, transmitía á su vez á Turín, en tono de felicitación un tanto irónica, esas noticias agradables y recomendaba que á la buena voluntad del Austria correspondiera Cerdeña con igual buena voluntad. Cavour escuchaba con aparente calma á sir James Hudson que iba á leerle los despachos del *Foreign Office*, se guardaba de contradecirlos y aun los aprobaba, fingía alegrarse, aceptaba las felicitaciones con serena impassibilidad y á lo sumo emitía alguna duda acerca de la sinceridad de su rival; pero su alarma rayaba ya en consternación, porque lo que menos le agradaba era una Italia con una existencia sosegada y pacífica; y se desesperaba de que Austria no le amenazara, y sobre todo temblaba ante la idea de que le impidieran la guerra durante tanto tiempo preparada y de que pudiera escapársele la tan codiciada presa.

Fuese habilidad pífida, fuese buena suerte, el hecho es que la guerra surgió precisamente del acontecimiento que hubiera debido asegurar la paz. A fines de 1856, el emperador Francisco José fué á visitar sus Estados italianos: su juventud, su buen aspecto, sus leales intenciones, eran á propósito para conquistarle las simpatías. Nada omitió para vencer las repugnancias nacionales; decretóse una amnistía; levantáronse los secuestros que pesaban sobre los bienes de los lombardos emigrados; consintióse liberalidades extraordinarias en provecho de las ciudades, de las iglesias, de los establecimientos públicos; las congregaciones centrales fueron presentadas al soberano y recibidas por éste con frases de humildad y de esperanza; y finalmente se supo que un hermano del emperador, el archiduque Maximiliano, el mismo que más adelante pereció en la trágica aventura de México, iba á ser nombrado con el título de virrey para el gobierno de las provincias lombardo-vénetas (2). Los sentimientos personales del joven príncipe, la elevada dignidad de que estaría investido y las instrucciones que sin duda llevaría, todo hacía presagiar días más venturosos y acaso para el porvenir una especie de autonomía; así es que los liberales más moderados se inclinaban á aceptar el nuevo régimen no con entusiasmo, pe-

(1) Parte del general Dabormida al Sr. de Cavour, de 23 de mayo de 1856 (*Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo VI, págs. 16-17).

(2) El nombramiento oficial del archiduque no se hizo hasta febrero de 1857.

ro sí con resignación satisfecha. En medio de esas conjeturas, tan peligrosas para su ambición, Cavour no contaba más que con un recurso, redoblar sus provocaciones y obligar al Austria á tomar alguna resolución violenta. El 15 de enero de 1857, el emperador Francisco José hizo su entrada solemne en Milán, y aquel mismo día el primer ministro sardo proclamó desde la tribuna y de un modo más claro y concreto que nunca las esperanzas de su país: «En tiempo de Macauley ó de lord Byron, dijo, Italia era considerada como una mujer hermosa, oprimida por un esposo bárbaro y tiránico, digna de lástima indudablemente, pero nacida para vivir bajo una opresión eterna, tan inepta parecía para gobernarse á sí misma. Pero ahora ya no sucede esto, sino que Italia marcha á pasos agigantados hacia la independencia y la libertad (3).» Víctor Manuel, á pesar de que su poderoso vecino estaba á pocas leguas de sus fronteras, no confió á ningún personaje de su corte el encargo de saludarle en la forma cortés acostumbrada; en cambio algunos hábiles mensajeros distribuyeron profusamente á uno y otro lado del Tessino los diarios piamonteses que se burlaban, en los más amargos términos, de las promesas austriacas, censuraban la oficiosidad de ciertos grandes señores lombardos y ensalzaban, por el contrario, la dignidad de la clase media y el silencio del pueblo. Afirmábase que hasta en el palacio real se repartieron caricaturas irónicas ó insultantes, algunas de las cuales fueron introducidas por manos desconocidas en las mismas habitaciones del emperador (4). La propia *Gaceta piamontesa* se asoció á esas provocaciones, anunciando, durante la estancia del emperador en Milán, que varias ciudades lombardas acababan de enviar 7.000 libras á título de contribución para el armamento de Alejandría. Al mismo tiempo la municipalidad de Turín acordó en deliberación pública que el monumento construído con dinero de los milaneses en honor del ejército sardo se erigiera en una plaza de la ciudad, «como símbolo de una fe común y prenda de un porvenir mejor (5).» Cavour esperaba con febril impaciencia el resultado de estas excitaciones y los hechos justificaron sus cálculos.

El gobierno imperial, no pudiendo aguantar más, perdió el fruto de su paciencia y cayó en el lazo que su peligroso enemigo le tendiera. En 10 de febrero de 1857, una nota altanera del Sr. de Buol enumeró, exagerándolos, todos los agravios que Austria tenía recibidos del Piamonte, y tan duro era el tono de aquella comunicación, que el gobierno austriaco pareció más bien el provocador que el ofendido. El Sr. de Cavour respondió, replicó el Sr. de Buol y á seguida ambas potencias llamaron á sus respectivos embajadores: el jefe del gabinete sardo había logrado su objeto. En Europa nadie se ocupaba ya de las concesiones imperiales y todo el mundo condenaba unánimemente el orgullo de aquella gran potencia, tan pronta en amenazar á su oscuro vecino. En esta rivalidad tan desigual nadie sospechó hasta qué punto se envalentonaba el más débil, y como no se buscó el origen de la contienda, echóse la responsabilidad sobre el más fuerte, sobre el que había provocado la última violencia. En Francia, en Bélgica, en

(3) *Atti del parlamento subalpino*, 1857, pág. 69.

(4) Bianchi, *Storia documentata*, pág. 352.

(5) Véase Bianchi, *Storia documentata*, pág. 352.

Suiza, los diarios afectos ó vendidos al Piamonte reprodujeron los violentos artículos que el ardor de las represalias había inspirado á la prensa austriaca, los divulgaron por todas partes y preguntaron irónicamente dónde estaban la moderación, la sangre fría, la equidad. Aún antes de que el emperador Francisco José volviera á sus Estados hereditarios, el movimiento nacional, por un instante contenido, se había reanimado. Fuesen cuales fueren la rectitud y la bondad del archiduque Maximiliano, podía preverse, sin incurrir en temeridad, que sus mejores intenciones quedarían paralizadas, ya por la inercia de sus subordinados, ya por las artificiosas calumnias de sus enemigos; en lo sucesivo la opinión pública estaba tan hábilmente dispuesta que la tolerancia había de ser para el Austria casi tan impopular como la misma opresión, y que el gobierno imperial había de ser tan impotente para imponer su dominación como para hacerla simpática.

Vencido el peligro de una reconciliación con su rival é irrevocablemente separado de ésta, Cavour, atento siempre á su obra, se dedicó á disciplinar para la próxima lucha no sólo al Piamonte, sino además á toda la Italia y hasta á la misma revolución, á cual objeto tramó una vasta y misteriosa intriga, obra de conspirador más aún que de hombre de Estado.

El principal instrumento de ese plan fué un siciliano llamado José La Farina, que metido en edad temprana en la política militante, hubo de buscar desde su juventud refugio en el extranjero. La revolución de 1848 lo había restituido á su patria, pero una nueva reacción le había arrojado otra vez de su hogar, habiendo residido entonces varios años en París y luego en Tours, en donde vivió trabajosamente de sus escritos y de sus lecciones, mal preservado contra la pobreza y hasta contra la miseria, entristecido por el clima, agriado por el destierro, empujado hacia las doctrinas ardientes y, sin embargo, menos propenso á la ilusión de lo que suelen serlo los desterrados. En agosto de 1854 había obtenido autorización para establecerse en Turín, en donde, aunque desterrado, hallábase más cerca de su patria. Cuando llegó allí, todavía sentía la influencia del prestigio de Mazzini, su maestro, pero sin que su celo llegase hasta la alucinación. Después del congreso de París, adivinó con clara percepción poco común el papel futuro de la Cerdeña, y esto le sugirió la idea de abandonar no las doctrinas mazzinianas, pero sí á Mazzini, de encadenar la revolución á la personalidad de Cavour y de hacer que éste la remolcara. Precisamente entonces acariciaba Cavour el propósito de unirse á la revolución, no ciertamente para servirla, sino para utilizarla y absorberla poco á poco. El 12 de septiembre de 1856 el estadista y el emigrado tuvieron una primera conferencia (1) con el pretexto de tratar de los manejos muratistas que en aquella sazón tenían agitado el reino de Nápoles; La Farina expuso sus puntos de vista que se resumían en la concepción de una Italia una, independiente, bajo la monarquía revolucionaria de Víctor Manuel. Cavour se guardó bien de dejar que tan precioso auxiliar se le escapara: «Soy, le dijo, ministro del rey de Cerdeña y no puedo comprometer prematuramente

(1) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo II, página 460. — *Epistolario di La Farina*, tomo II, pág. 22.

á la dinastía; id á mi casa cuando queráis, pero antes de que amanezca, sin que nadie os vea, sin que nadie se entere de vuestras visitas. Y, añadió riendo, si me interrogan en el Parlamento, os negaré, como hizo San Pedro, y diré «No le conozco (2).»

En estas entrevistas nació la idea de quitar á Mazzini su partido, de reunir en una asociación vasta á los hombres de acción más razonables, de organizar, en una palabra, un ejército revolucionario, pero que hiciera la revolución para el rey. Ni siquiera en esos tenebrosos manejos, tan poco dignos de su posición oficial, se apartaba Cavour del plan primitivo que se había trazado: en 1852, á su advenimiento al poder, había realizado la alianza ó, para emplear la palabra consagrada, el *connubio* del centro derecha y el centro izquierda; en 1857, por virtud del natural desenvolvimiento de sus empresas, se aventuraba á avanzar un paso más é intentaba un nuevo *connubio*, el del centro izquierda con los mazzinianos más manejables y menos fanáticos. ¿Cómo podría mantener sin fluctuaciones esa coalición tan vasta que comenzando en los límites del centro derecha se perdía en las sombrías lindes en donde Mazzini había hasta entonces reclutado por lo general sus adeptos? ¿Cómo podría fundir en un mismo propósito tantas y tan diversas ó contrarias voluntades? ¿Cómo manejaría los hilos de esa complicada intriga sin que se mezclasen ó rompiesen? En todo esto Cavour se abandonaba á su genio, á su astucia, á su buena suerte.

La Farina era activo y perseverante, es decir, poseía las dos principales cualidades del conspirador; pero, por otra parte, su nombre era demasiado obscuro para que pudiera ser el patrono autorizado de una obra tan grande. En su consecuencia, pensóse en el heroico Manin, que desde la defensa de Venecia vivía retirado en París, en una modesta y activa pobreza; mas, según parece, la proposición no fué por él acogida con mucho entusiasmo. Muerto, poco después (3), el nombre de Manin fué inscrito entre los de los precursores de la empresa. El presidente elegido fué el marqués Jorge Pallavicino, personaje de ilustre cuna, víctima, además, del Austria que le había tenido largo tiempo encerrado en los calabozos del Spielberg, y, por este doble carácter, completamente decorativo. A Pallavicino se le puso posteriormente como adjunto á Garibaldi, quien entonces entabló sus primeras relaciones con Cavour. En cuanto á La Farina, nunca tuvo otro título que el de secretario general; pero él fué quien inspiró la empresa, quien la encarnó por entero en su persona, quien consagró á ella su tiempo, sus energías, su ardor, su alma toda, quien constituyó el lazo de unión entre Cavour y el partido radical, en una palabra, quien disciplinó la revolución para los peligros de una batalla cuyo provecho sería para Víctor Manuel.

Hacia el mes de abril de 1857 formóse definitivamente la sociedad que se denominó *Sociedad nacional italiana* y que era una asociación clandestina y pública á la vez: en los Estados sardos funcionaba bajo la protección de las leyes, gozaba de una existencia regular, tenía su órgano, *El Pequeño Correo*, y contaba con la benevolencia del gobierno, si bien no estaba abierta-

(2) Véase Bersezio, *Il regno di Vittorio Emanuele II*, tomo VI, pág. 448.

(3) En 22 de septiembre de 1857.

mente amparada por éste; pero al otro lado de las fronteras se convertía en *sociedad secreta*. Andando el tiempo, se perfeccionó su organización; creóse un comité central y luego varios comités locales, y sus adeptos pertenecían á todas las clases sociales, propietarios, estudiantes, abogados, médicos, artesanos, no siendo tampoco excluidas de ella las mujeres. Ciertos personajes que ocupaban elevadas posiciones, no formaban oficialmente parte de la sociedad, sea por consideración á su rango, sea por miedo de comprometerse; pero la protegían y conocían sus secretos (1). Las afiliaciones fueron numerosas en el reino lombardo-véneto y se extendieron posteriormente hasta el Friül y el Trentino; en cambio Nápoles y Sicilia se mantuvieron, por lo menos en un principio, rebeldes á toda propaganda, viendo La Farina con pena esta indiferencia de su patria (2).

Los debates de los afiliados eran muy diversos, pues cada uno servía á la causa común según sus especiales aptitudes: los más sabios removían el polvo de los archivos á fin de enlazar con alguna tradición antigua ó con algún nombre popular la idea de la independencia y aun de la unidad italiana, comunicando luego á los diarios, algo amplificado, el fruto de sus investigaciones; los más literatos preparaban artículos de revista, meditaban folletos, y sobre todo enviaban correspondencias al extranjero; los más activos recogían donativos que habían de formar el tesoro común para el momento de la acción; y los más ardientes se distribuían por los sitios públicos y burlando todas las vigilancias, sembraban en ellos toda clase de rumores, ciertos ó falsos, propios para desacreditar á los príncipes y á los gobiernos. No se pensaba aún en comprar ó juntar armas, pero no se tardaría en hacerlo. Además se establecían inteligencias hasta en los países extranjeros: «Podéis ayudar mucho á nuestra sociedad, especialmente en Inglaterra, escribía La Farina á uno de sus amigos de Londres, obteniendo de los periódicos que hablen de nosotros favorablemente y enviándonos sus artículos á fin de que podamos reproducirlos en las gacetas de aquí y en *El Pequeño Correo* (3).» En el entretanto, en Turín, el emigrado siciliano iba todas las madrugadas secretamente á recibir las instrucciones de Cavour, quien, según las circunstancias, activaba el movimiento, ó lo moderaba ó volvía á precipitarlo; y raras veces dejaba el primer ministro, al salir de estos conciliábulos, de dar alguna audiencia oficial en la que hacía protestas de la lealtad de su actitud, desautorizaba todo contacto revolucionario y se lamentaba amargamente de las intrigas de los clericales y de la doblez del papa. De este modo funcionaba en la capital de los Estados sardos, violando de la manera más inaudita el derecho internacional, una sociedad pública que extendía por toda Italia sus ramificaciones secretas y conspiraba contra los poderes constituidos. El complot, que todavía está en sus comienzos, irá adquiriendo proporciones cada vez mayores, urdido por los agentes del Piamonte, protegido por los mismos diplomáticos sardos amparados en su inviolabilidad, é inatacable no tanto por la inercia de los gobiernos cuanto por la complicidad de los funcionarios ó de la policía; la corrupción, la intriga, la traición, ha-

(1) Véase Minghetti, *Miei ricordi*, tomo III, pág. 136.

(2) *Epistolario di La Farina*, tomo II, pág. 40.

(3) *Epistolario di La Farina*, tomo II, pág. 41.

rán poco á poco el vacío en torno de los príncipes, de suerte que cuando estallaré la Revolución, no hará más que levantar acta, por decirlo así, de la decadencia de los mismos ya á medias consumada.

X

A pesar de estos concursos solicitados en todas partes y á cualquier precio, la obra de Cavour parecía sometida todavía á muchas vicisitudes adversas, y resulta labor fatigosa la de ir señalando las etapas de su paciente y trabajosa fortuna, pues avanza á pasos desiguales y por vías tortuosas, retrocede á menudo, ya para sortear los obstáculos, ya para disimular su marcha, y sólo á costa de increíbles esfuerzos recobra el terreno perdido. En el mismo momento en que desafiaba al Austria y envolvía á Italia en sus intrigas, había de temer y combatir un triple peligro, á saber: las indecisiones de la Francia, las cóleras de Mazzini y las resistencias de su propia patria.

Respecto de Francia, dedicábase Cavour á penetrar en los oscuros pensamientos de su poderoso protector, quien parecía poner una especie de coquetería en revolver las huellas de sus designios. A raíz del congreso de París, los más perspicaces servidores del régimen imperial no habían tenido reparo alguno en burlarse de las desmedidas pretensiones de Cerdeña: «Las ambiciones del Piamonte, decía uno, recuerdan la fábula de *la Rana y el buey*.» «En verdad, añadían otros en estilo familiar, el Sr. de Cavour es un estorbo demasiado grande (4).» Y estas frases circulaban con toda libertad y los cortesanos las repetían como si fueran el eco de las ideas de su señor. Por aquel mismo entonces llegó á París una memoria del embajador francés en Roma, el señor de Rayneval, memoria muy favorable á Pio IX y muy desfavorable, en cambio, á los italianos, á quienes juzgaba ineptos para la vida política. De todos estos indicios habría podido deducirse que el crédito del Piamonte perdía terreno en las Tullerías; sin embargo, cuando algunos meses después fué á París el marqués de Peppi, nieto de Murat, el emperador escuchó benévola-mente sus proyectos de renovación para la Italia y no contradujo ninguna de las acusaciones contra el gobierno pontificio (5). Otro síntoma digno de notarse era el lenguaje de los periódicos democráticos que predicaban el engrandecimiento del reino sardo sin que por ello se les amonestara ó apercibiera en modo alguno: *Que el Piamonte llegue á ser una potencia fuertemente organizada para contener la ambición de Alemania*, decía el *Siècle* (6) con una ofuscación que hoy nos confunde, pero que entonces sorprendía muy poco. ¿Quiere esto decir que Cavour había de considerar seguro el éxito de su empresa y abandonarse á esta confianza? De ningún modo. En efecto, el 19 de marzo de 1857, el *Daily News* publicó inesperadamente la memoria del Sr. de Rayneval, que hasta entonces había permanecido secreta. ¿Cuál era el objeto de la publicación de ese documento, autorizada, deseada sin duda por el empera-

(4) Chiala, *Lettere edite et inedite di Camillo Cavour*, tomo II, pág. 135, notas.

(5) Véase Minghetti, *Miei ricordi*, tomo III, págs. 154-155.

(6) *Le Siècle*, 14 de enero de 1857, artículo del Sr. de Labodliere.